



«Reconozco que cuando salí a la superficie no pude evitar una risa nerviosa. A pesar de las seguridades del monitor, tuve miedo...».

CINCO MINUTOS PARA SALVAR LA VIDA

EN Holanda, país formado por tierra y por agua, todos los años, unos 1.500 automovilistas se ahogan en la tupida red de canales y lagos que cubren el país. Ante este hecho, la «Sociedad holandesa para el salvamento de naufragos» ha realizado innumerables ensayos de inmersión en vehículos con el fin de poner a punto una serie de técnicas que permitan a la

mayoría de los naufragos salir a la superficie con vida.

Según el profesor Gerrit Plakmeijer, el éxito está asegurado, si se cumplen a rajatabla las siguientes cuatro normas:

1.ª Cerrar herméticamente las ventanas, encendiendo tanto la luz interior como exterior de su coche.

2.ª Parar el motor y poner la marcha en punto

muerto. Durante la lenta inmersión, explicada a los otros pasajeros que todo saldrá perfectamente si se quedan tranquilos y no cunden el pánico. Evitar, por lo tanto, cualquier movimiento brusco que desequilibre el vehículo.

3.ª La cabina se irá llenando lentamente de agua. Manténgase con la cabeza levantada de tal forma que

la nariz quede siempre libre. Llegará un momento en que dejará de entrar agua en la cabina y quedará, sin embargo, un pequeño espacio libre entre el nivel del agua y el techo del coche, suficiente como para poder respirar durante tres minutos.

4.ª En ese momento, abrir la puerta, que cederá fácilmente teniendo en cuenta que la pre- **SIGUE**

CINCO MINUTOS PARA SALVAR LA VIDA

sión interior es igual a la exterior; salid del coche nadando hacia la superficie.

de la teoría a la práctica

Uno de los alumnos de la Sociedad holandesa para el salvamento de naufragos, se explica así:

«Después del curso teórico al que había asistido, todo me parecía bastante claro. Sin embargo, cuando la inmersión comenzó, a pesar de que iba acompañado de un monitor, no dejé de sentir una cierta inquietud. El agua me subía lenta pero regularmente a lo largo de las piernas haciendo un ruido infernal. No pude evitar un gesto de temor y miré a ver si la manilla de la puerta funcionaba correctamente. El monitor me hizo un gesto con la cabeza de que no temiera nada. El agua alcanzó el asiento y un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Los oídos se resienten de la presión del aire y comienzo a tragar saliva como en los aviones para evitar este inconveniente. El agua sigue subiendo y observo por el parabrisas que el nivel del agua es más elevado en el exterior que dentro de la cabina. Gruesas gotas de sudor perlan mi frente cuando el agua alcanza mi mandíbula. Estirando el cuello, doblando la cabeza hacia un lado consigo mantener la nariz libre de agua. En ese momento el siniestro ruido del agua se para y un silencio de muerte se apodera del ambiente. El monitor me hace un gesto. Abro la puerta, respiro profundamente y de un salto violento me lanzo hacia la superficie. ¡Estoy salvado! Sin embargo, no puedo evitar una risa nerviosa cuando el monitor me ordena que vuelva al interior de la cabina para salvar a un supuesto naufrago. La entrada me pareció mil veces más difícil que la salida, pero al fin logré sentarme de nuevo en el asiento. Busco con avidez la campana de aire que aún subsiste en el interior de la cabina. Lleno mis pulmones y, con la experiencia adquirida, salgo tranquilamente a la superficie. La prueba ha terminado».



El profesor Plakmeljer, de la «Sociedad holandesa de salvamento de naufragos», explica a sus alumnos las tácticas del salvamento.



(Fotos AGENCIA ZARDOYA)



«Una vez que el agua ha cesado de entrar en el vehículo, respiro el aire de la cavidad libre, abro la puerta, tomo impulso y me lanzo hacia la superficie.»

